existe ningún aniversario feliz, excepto, quizá, el que se me deseó hace todavía dos años por el cable trasatlántico, por aquél a quien había consagrado yo mi vida. Vivo cada día en mi soledad, leyendo mucho, bordando, escribiendo, paseándome alrededor del parque..."

La reina colocó cerca de ella a dos damas a quienes Carlota juzga "muy bien", *madame* Moreau y *mademoiselle* de Bassompierre, que asegura descender del famoso mariscal. María Enriqueta sigue ocupándose de su cuñada, pero está preocupada: su hijo, el pequeño príncipe Baudoin, está enfermo. Se inquieta, aun cuando se espera que curará. Sin embargo, arregla para Carlota "un salón encantador con un gusto perfecto", en los antiguos salones de Leopoldo y de Felipe. Y la emperatriz se siente "muy conmovida por su tierna solicitud".

El pequeño príncipe, hijo único de Leopoldo y de María Enriqueta, no se curará. Murió a la edad de diez años en abril de 1869. La familia real se siente trastornada, y la reina, ya sacudida por pesares íntimos, desgarrada por este duelo, se amuralla en su pesar y se hiela en su desesperación. Su rostro se marchita, se endurece, deja a sus hijas con las gobernantas y Carlota casi ya no la verá.

Por otra parte, el estado de ésta se agrava desde fines de 1868, y la desaparición del heredero, nuevo choque doloroso, provoca encontrados sentimientos en ella. Cuando Julia Doyen, que la vigila día y noche, quiere ir a ver desfilar el largo cortejo de los funerales del duque de Brabante, ella la regaña. "No va uno a mirar cosas tan tristes". Se ha vuelto imposible que siga viviendo en Laeken, y la conducen a Tervueren. Desde su llegada, van allá sus hermanos: se niega a recibirlos a ellos o a otras personas.

Un año después, madame de Hulst comprueba: "Es un caso desesperado. La desdichada princesa quedará privada de la razón. Cosa admirable, no se altera su salud, y está mucho mejor y más bella de lo que estaba antes de sus desdichas..."

Durante diez años los periodos de lucidez son muy frecuentes. Carlota escribe todavía cartas sensatas.* Pero su comportamiento se vuelve más y más extraño. Pasa noches enteras cerca de su ventana, con la mirada perdida; habla, ríe y discute consigo misma, y también llora. Durante el día le gusta permanecer en su recámara en donde ha reunido los objetos más

* ¿Es la autora de una carta dirigida en 1870 a la duquesa de Aosta, cuyo marido ha sido sondeado para la corona de España, y a quien ella disuade de aceptar un trono extranjero? Carta reproducida en los recuerdos de John Bigelow, diplomático norteamericano.

heteróclitos: un vestido de boda cuelga a lo largo del muro bajo un dios azteca emplumado; un ramillete de flores marchitas, armas antiguas, y en un rincón, un maniquí de tamaño natural de Maximiliano, adornado con una barba rubia. Pasa horas conversando con él.

La vida transcurre así hasta que un día, el 3 de marzo de 1879, a las cinco de la mañana, se declara un incendio en el castillo. Por las ventanas del apartamiento de madame Moreau, cerca de la lencería, escapan humo y llamas. Despiertan a mademoiselle Doyen, y el doctor Hart se dirige hacia la emperatriz, cuyo apartamiento está situado al lado opuesto de donde se declaró el incendio. Carlota se niega a levantarse. El médico la obliga a que se levante y, después de echarle una capa sobre los hombros, la arrastra hacia fuera. Ella se vuelve, mira las llamas que lamen los muros. "Algo muy grave, muy grave, dice, pero es muy hermoso". El doctor la lleva al pabellón donde él vive, en el parque. Desde allí ya no se ve nada, y entonces Carlota insiste en que la lleven de nuevo a su apartamiento.

La reina llega unas horas después. Ordena que suba su cuñada en el tílburi que conduce ella misma. La enferma obedece, a condición "de que la reina ría hasta Laeken". María Enriqueta lo promete. ¿Es el resultado de esta emoción? Se produce una mejoría. El doctor de Smet que la cuida aquí, se esfuerza en que viva de nuevo una vida más activa. Recibe a su familia; leen para ella, y ella escucha; se sienta al piano, se viste, se pasea en el parque, consiente en tomar los alimentos con las personas de su casa.

Pero ya nadie cree en una curación posible.

*
* *

Es necesario hallar para ella una nueva residencia. El rey compra el castillo de Bouchout, verdadera fortaleza del siglo XIII, de macizas torres. Pero frente a él hay un pequeño lago donde nadan cisnes, lo que atenúa la severidad del conjunto.

Carlota entra el 5 de abril de 1879 en esta residencia preparada para ella. La propiedad está bien cerrada y bien guardada. Se colocan en torno de ella trampas para lobos y guardias armados vigilan. La castellana no franqueará jamás los límites del parque. Los criados tienen una consigna formal: "Hemos recibido prohibición absoluta de proporcionar el menor informe, les responden a los curiosos. Algunos de ellos, por lo demás, nunca ven a la emperatriz y no pueden acercarse

al castillo. Muy pronto se cierne sobre Bouchout una especie de misterio. Corren rumores: "Carlota, se dice, está secuestrada por Leopoldo para que no reclame sus derechos sobre la herencia paterna. Y probablemente no está tan loca como se quiere hacer creer".

Aparte de las personas que la rodean —tres damas que se relevan cada ocho días—, y de los miembros de su familia, el rey, la reina, los príncipes y las princesas que, de tiempo en tiempo, vienen a verla, Carlota ya no recibe. Tiene todavía momentos de lucidez que le permiten hablar y distraerse como una persona sana de la mente, y tiene conciencia de los acontecimientos que desolaron su vida. Pero cuando la persiguen recuerdos demasiado crueles, entonces estallan crisis terribles durante las cuales golpea a los que están cerca de ella, rompe todo lo que cae en sus manos, destroza libros y desgarra los cuadros. Cosa curiosa, jamás toca los objetos ni las fotografías que recuerdan a Maximiliano.

Ha conservado su porte altivo y, siempre elegante, se cambia de ropa en la tarde. "Quiero estar hermosa para cuando regrese Su Majestad. Dadme mi encaje de Brujas, mis malinas..." son sus vestidos de otros tiempos, guarnecidos de abullonados, de nudos, de flores, de cintas, porque rechaza las nuevas modas.

Siempre es consciente de lo que fue. "Cuando reinaba, no tenía que hacer sino levantar el dedo para que viniese la doncella", dice un día que la criada tardó en venir. Y cuando su médico observa, cuando ella se encoleriza: "Señora, de todas las emperatrices que he conocido, sois la única que se porta así", ella se calma inmediatamente.

Tiene gestos extraños: el primer día de cada mes nunca falla en dirigirse al borde de los fosos del castillo donde está amarrada una barca. Y pone el pie en la embarcación. ¿Es una oscura reminiscencia de la partida de México, tan ardientemente deseada antaño? Conserva una cierta noción de los aniversarios. El 4 de noviembre de 1912, día de su santo, exclama: "¡Y Max no está aquí!"

A los largos silencios siguen discusiones animadas con interlocutores imaginarios, en las que pasa como antaño del francés al alemán, al inglés, al español, al italiano. Cuando viene el príncipe Louis de Ligne, administrador de sus bienes, cada semestre para rendirle cuentas, hace que lo introduzcan en el gran salón donde está preparado un sillón para él. Están alineadas una veintena de sillas. Entonces aparece la emperatriz en gran atavío, saluda a cada una de aquéllas con alguna frase mundana, y luego conduce al príncipe a un pequeño

escritorio, y allí se sumerge en el examen de los números que aquél le presenta y que ella entiende muy bien.

Cuando habla de Maximiliano, lo que raramente sucede, lo llama "dueño de la tierra, soberano del universo". Sucede a veces que le escribe: "Yo soy quien debo ser culpada por todo, mi querido bienamado. Pero ahora soy feliz; has triunfado. Formas parte de la victoria de Dios sobre el mal... Tus miradas están sobre mí dondequiera que yo esté, y oigo dondequiera tu voz". Y se sienta al piano para tocar el himno mexicano. A veces resume su vida de una manera conmovedora: "Señor, os dijeron que teníais un esposo, un esposo emperador o rey. Un gran matrimonio, y después, la locura..."

Tiene conciencia de su estado: "No pongáis atención si desvariamos... Todavía vive la loca... Estáis en casa de una loca..." Los que la rodean cogen al vuelo algunas frases que denotan en ella la persistencia de recuerdos profundos: "No, señor, aun cuando me presentárais el reino de Sajonia..." ¿No es esto una reminiscencia del tiempo en que se le ofrecían coronas a la joven pareja? "Blücher llega a tiempo para salvar la situación, pero en México, nada, nada... ¡Si Napoleón lo hubiera ayudado!" Palabras que prueban hasta qué grado se sintió herida por sus desesperadas tentativas. Y esta exposición de cólera: "¡Los Habsburgo! ¡Ah! ¡Canallas! ¡Miserables!" ¿No es ésta la inolvidable tortura de los días sombríos de Miramar que revive en ella? Finalmente, esta frase, quizá reveladora: "La locura provino de los acontecimientos".*

*
* *

Carlota vivirá durante cincuenta años en esta noche cruzada de relámpagos. Ignorará los duelos de su familia, los dramas de la casa de Austria, el trastorno de Europa.

Ignora la muerte de María Enriqueta y el escándalo del matrimonio morganático de Leopoldo con la baronesa Vaughan; Ignora lo de Sarajevo. Sin embargo, cuando en 1899 su sobrina Estefanía, viuda de Rodolfo, vino a verla, la reconoció muy bien. "Vienes de Austria, querida niña. ¿Cómo está tu suegro, el emperador?" Se levanta y lleva a la joven hacia el retrato de cuerpo entero de Maximiliano ante el cual hace una reve-

* ¿No es ésta, acaso, la conclusión del doctor Pierre Loo en el estudio que le consagró a la demencia de la emperatriz? "Ciclotímica, hipersensible, Carlota, en la vertiente patológica, estaba inclinada a la sicosis intermitente. Los acontecimientos fueron la causa que la desencadenó".

rencia. "Y al otro, lo mataron", exclama. "Algo punzante", dice Estefanía.

Durante la guerra de 1914-1918, Bouchout es un islote preservado en la Bélgica martirizada. En las verjas las autoridades alemanas hicieron fijar un letrero: "En este castillo vive Su Majestad la emperatriz de México, cuñada de nuestro venerado aliado el emperador de Austria". Los soldados reciben órdenes de no perturbar en nada esta mansión. En el vasto dominio, todo está en calma. Pero a lo lejos se escucha el estruendo de los cañones. ¿Tiene Carlota una oscura idea de lo que le ocultan? Se le oye refunfuñar: "¡Se ve rojo! ¡Piensan que algo sucede porque no están alegres. La frontera está negra, muy negra... no es preciso devolver los prisioneros".

Ignorará la muerte de Francisco José y la de Carlos, en Madera, y el hundimiento del imperio de los Habsburgo. Sabe, sin embargo, que el hijo de Felipe, Alberto, se ha convertido en rey de los belgas. "Pensar que tengo un sobrino tan joven que ocupa ya un trono y que se llama rey", dice. Sin embargo, cuando después viene el rey Alberto a verla con su mujer, la reina Isabel, ella repite: "Hemos tenido visita de los Flandes".

Pero en vano tratan de ocultarle la desaparición de aquellos a quienes conoce; le informa de ello alguna palabra cogida al vuelo, y siente rondar la muerte. Un día exclama: "Yo también moriré; *Miserere mei, Deus*". Y en otra ocasión: "Será una catástrofe que no ocurrirá de repente, sino que llegará poco a poco". Le dice al barón Goffinet, gran maestre de su casa: "Quiero ir a Laeken. Se sube, se sube, se sube, y desaparece uno tras las torres". Prueba de que tiene muy presente en su memoria la disposición de la cripta real en la iglesia de Laeken, donde, en su adolescencia, iba con tanta frecuencia a orar en la tumba de su madre.

En 1926 tiene ochenta y seis años. Es una anciana de buena salud, pero que lleva una vida vegetativa. Casi ya no sale de su recámara, salvo para dar un paseo en coche en el parque, cuando hace buen tiempo. La oscuridad mental es casi completa. Y las cataratas le impiden ahora bordar. Sin embargo, todavía juega a la baraja y a veces se sienta al piano.

El 15 de enero de 1927 es presa de una indisposición súbita. Se comprueba una parálisis parcial del lado izquierdo. La respiración se hace más difícil en los siguientes días. El martes viene el rey a su cabecera con la reina y los príncipes Leopoldo y Carlos. Muere el miércoles en la mañana, a las siete, sin sufrimientos. El cura de Bouchout, residente del castillo, está cerca de ella. Carlota murmura: "Recordadle al

universo al hermoso extranjero de cabellos rubios. Dios quiera que se nos recuerde con tristeza, pero sin odio".

Ahora reposa, al fin liberada en su cama estrecha de encina esculpida, con un baldaquino azul cielo encima. La cubre un vestido rosa y en su cabeza tiene un gorro de encaje. Sobre la almohada guarnecida de finos encajes de México, se destaca, muy tranquilo, el pálido rostro de rasgos bien cincelados. En la recámara se ven retratos de Leopoldo I, y de las dos primeras reinas de los belgas, Luisa y María Enriqueta. Sobre la chimenea, al lado de un busto de la Virgen, un reloj de oro, regalo de las damas de México.

El 22 de enero, día de los funerales, nieva con gruesos copos, como el día de los funerales de Maximiliano. Hace frío; el cielo está negro. Llegan el rey y sus hijos, en uniforme militar. Los clarines suenan en los campos. Luego un reloj de sonido agrio se pone a tañer en la torre de las almenas. El cortejo se pone en camino, pasa las verjas de la mansión ante las cuales se agrupan los lugareños que se inclinan, con la cabeza descubierta. A la cabeza, un escuadrón de lanceros con su bandera y, tras el carro fúnebre, doce granaderos de alta estatura. Siguen los coches de la corte.

A las once horas y veinte minutos, el ataúd de la emperatriz entre en la iglesia de Laeken, llevado a hombros de seis soldados, antiguos legionarios belgas, sobrevivientes de la expedición a México. Está presente toda la familia real, el rey, la reina, los príncipes, las princesas. Todo el cuerpo diplomático, todas las personalidades del reino.

A la derecha del coro se abre la entrada de la cripta. Allí encontrará de nuevo Carlota a los suyos. Jamás se reunirá son Maximiliano.